Patricio Rojas Saá

EL DIARIO ÍNTIMO DE MEKANO

Crónica de un fenómeno, 1997-2007

Planeta

Al final, ¿qué importa más:
vivir o saber que se está viviendo?

CLARICE LISPECTOR
"Cerca del corazón salvaje"

We can go wherever, so let's do
it now or never, baby.

DUA LIPA
"Levitating"

Aserejé, ja, dejé dejebe tu
dejebere seibiunouva
Majavi an de bugui an de
buididipi.

LAS KETCHUP
"Aserejé"

Índice

Introducción 11

Capítulo I
Probando, probando 13

Capítulo II
Danza la manivela 35

Capítulo III
El reemplazante 53

Capítulo IV
Casi famosos 85

Capítulo V
Más allá del horizonte 151

Capítulo VI
Micrófono abierto 185

Epílogo 209

Anexo 212

Agradecimientos 213

Introducción

"Muchas gracias, equipo, felicitaciones, estamos fuera".

A las siete y media de la tarde del 8 de junio de 2007, Carlos Gaete pronunció las seis palabras con las que suele sacar del aire los programas que dirige.

Ese día y a esa hora cerró, en una transmisión especial desde el estadio Víctor Jara, la emisión número 2.038 de *Mekano*. Era, así lo habían dispuesto las autoridades de Megavisión, la última.

Cuatro meses antes, el 14 de febrero, el histórico director del espacio, Álex Hernández, había resuelto mudarse a Chilevisión. Así, a Gaete le tocó dirigir durante ese último periodo, marcado por sucesivas crisis.

La despedida del programa más exitoso del canal durante esa década dejó a la deriva a varias docenas de muchachos que gracias a este habían pasado del anonimato a un estrellato impensado. Ese cierre bajó la cortina del axé, terminó con los romances televisados en vivo y en directo, y puso fin a una aventura que marcó sus vidas para siempre.

En la época de Messenger y Fotolog, algunos se habían convertido en cantantes, otros en modelos y unos pocos en actores. Grupos que allí nacieron consiguieron instalar un estilo de música que suena hasta hoy en fiestas donde abundan cuarentones y cincuentones, y un puñado llegó incluso hasta el mismísimo Festival de Viña, la catedral de la cultura pop nacional, cuyo púlpito está reservado para muy pocos.

¿Qué hizo de este experimento un hito en la televisión chilena de inicios del siglo XXI? ¿Cómo fue que llegó a marcar un *peak* de sintonía de 51 puntos, algo impensado para los actuales

estándares de la industria? ¿Qué pasaba cuando se apagaban las luces del estudio 2 del canal, en calle Vicuña Mackenna?

Este libro se propone recorrer las bambalinas del programa y husmear en lo que pasó detrás de las cámaras para entender qué ocurrió frente a ellas (de eso, YouTube tiene material a borbotones); para ello, revisa desde el primer experimento que en 1997 condujo Verónica Calabi hasta la transmisión final en el estadio Víctor Jara. Transita por el fenómeno del axé; por la vida del *team* Mekano; por las rarezas que salieron de la cabeza de sus creadores, como las teleseries; por la muerte de una de sus integrantes producto de un tumor cerebral a los veintiún años; por la denuncia de abuso sexual contra su director y por todo lo que ayuda a entender cómo se vivió en camarines un fenómeno que, impensadamente, este 2025 tuvo un asombroso renacer.

Capítulo I

PROBANDO, PROBANDO

Una tarde de locura

El 20 de agosto de 2002 el People Meter pareció volverse loco.

Hacía días que los productores, camarógrafos y técnicos que trabajaban en *Mekano* intuían que estaban viviendo algo especial. Lo sentían en las calles, cuando leían los diarios, al hojear revistas… y, por supuesto, cuando notaban que en otros canales hablaban de ellos.

Hola, Andrea, el programa de servicio que los antecedía, dejaba la sintonía con un promedio de 8 o 9 puntos. Pero apenas sonaban los primeros acordes de axé, el marcador del *rating* comenzaba a subir de una manera insana.

El People Meter parecía haberse vuelto loco.

Ese martes, pasada la media hora de programa, el director Álex Hernández soltó por unos segundos las perillas del *switch*, giró la cabeza, miró de lado a lado y le hizo una promesa a su equipo: "Si llegamos a 50, me bajo los pantalones".

—¿¡Qué!? —respondieron varios, más como una exclamación que como una pregunta.

—Eso, si llegamos a 50, me bajo los pantalones y dirijo el programa en calzoncillos.

Estaban viviendo, no había cómo saberlo en ese momento, el día que recordarían para siempre: el pináculo, el lugar desde el cual, una vez alcanzado, no quedaría más que bajar.

Hacía rato que *Mekano* se había convertido en un *collage* de figuras juveniles que mostraban sus vidas y jugaban a ser adultos mirando de frente a una cámara que transmitía en directo.

Asimismo, desde ya meses atrás que el axé y nombres como Flaviana, Fabricio o Café con Leche provocaban fanatismo.

En el momento de la promesa del director, abajo en el set había comenzado una nueva jugarreta entre José Miguel Viñuela y la integrante del *team* Catalina Palacios, una pareja que le daba carne y hueso a aquello que los románticos llaman química. Cada vez que se sacaban una gomita de la boca o que entre ellos había preguntas sobre gustos amorosos y anhelos de pareja, la sintonía, que ya era alta, explotaba. Ese día estaban jugando a "La botella del amor", una versión adaptada de ese clásico preadolescente en el que una botella que gira se usa como excusa para robar besos. En medio de ese juego, y ayudados por el resto de los competidores, la botella apuntó primero a Catalina y luego a José Miguel. No había cómo zafarse. Pero ella demoró tanto que, al final, basados en reglas que se iban creando sobre la marcha, tuvo que pagar una penitencia.

Fue el ahora o nunca para Hernández, que entonces habló desde el *switch* haciendo que su voz resonara en todos los televisores que estaban conectados: "Doce piquitos de un segundo o uno de doce segundos", dijo, a modo de sentencia.

La pareja escogió la primera opción.

La sintonía ardía. 38, 40, 43, 45 puntos. Parecía no haber techo.

Viñuela, que siempre estaba conectado por una muela[1] con el director, escuchaba cada punto que subía. "Vamos en 47… Vamos en 48…".

Cuando la aguja iba en 49, en la sala de dirección un periodista del equipo sacó una cámara fotográfica para que, de cumplirse la promesa del director, quedara inmortalizada. Sin embargo, Hernández le advirtió: "Si llegamos a 50, me bajo los pantalones, pero eso no va a quedar registrado".

A las 18:56 el programa cruzó la barrera de los 50 puntos. Viñuela ya estaba dándole piquitos a Catalina. Cuando los terminó, llegó a 51 y se quedó allí por seis minutos. Viñuela se tiró de espaldas al suelo y Hernández cumplió: dirigió el resto del

1. Audífono del tipo *in ear*, que los animadores usan para recibir instrucciones desde el *switch*.

programa con los pantalones en los tobillos. La cifra definitiva de *rating* ese día, es decir, el promedio, fue de 35,4 puntos[2].

Ese hito bien podría dividir la historia de *Mekano* en dos. Lo que pasó antes y lo que pasó después de ese instante, que, como si hubiera estado planificado matemáticamente, ocurrió justo en la mitad de su vida, dos meses después de cumplir cinco de los diez años que estuvo al aire.

Gracias a esa sintonía, el programa pudo experimentar un par de meses después con un reality, al año siguiente con teleseries y mucho después hasta con una academia de talentos. Pero para llegar a ese *peak* tuvo que pasar por muchos buenos y malos momentos, estar al borde de la desaparición y pelear por encontrar el rumbo. Eso nunca fue fácil, sobre todo porque el proyecto original pareció fallido casi desde el comienzo, cuando en 1997 germinó la idea de crear un programa juvenil conducido por una de las animadoras más importantes del momento.

Antes del amanecer

Verónica Calabi supo muy rápido que su romance con *Mekano* duraría poco. La claridad la tuvo apenas terminó de grabarse el primero de los programas piloto con que el equipo ensayó antes de salir al aire. Era abril de 1997 y faltaban tres meses para el debut.

Megavisión estaba haciendo una apuesta doble. Por una parte, quería darle continuidad a la idea de un programa juvenil renovando lo que venía haciendo *Interferencia* (un espacio de videos musicales presentados por dos animadores muy saltarines y gritones), y, por otra, arrebatarle algo de la torta publicitaria del segmento juvenil a *Extra Jóvenes*[3], en ese momento un coloso televisivo con más de una década de éxito en Chilevisión.

2. El *rating* definitivo es un promedio de las cifras que marca el programa desde que comienza hasta que termina.
3. Programa misceláneo dedicado al público juvenil que emitió Canal 11, hoy Chilevisión, entre 1986 y 1991. Por el espacio pasaron figuras como Katherine Salosny, Felipe Camiroaga, Marcelo Comparini y la propia Verónica Calabi.

Sin embargo, a ella solo le bastó esa hora y media de grabación para ver con claridad lo que pasaría en un futuro inmediato.

Verónica Gina Calabi Guzmán, quien en 1991 recibió de manos de Claudia Conserva la corona de Miss 17[4], había llegado en febrero desde Chilevisión, donde coanimaba precisamente *Extra Jóvenes* junto a Daniel "Huevo" Fuenzalida.

A fines de 1996 había intentado renovar su contrato con Chilevisión para mejorar sus condiciones, pero a los veintiún años no solo no manejaba herramientas de negociación, sino que además se topó con una contraparte poco generosa. Así lo recuerda: "El gerente, que era Felipe Pozo[5], me trataba como una niña. Yo fui en septiembre de ese año a negociar con él y lo que me dijo fue 'Pero cómo te vamos a subir el sueldo a ti, si eres una niña. Ya, firma acá, rápido'".

Verónica no firmó de inmediato. Como lo hacía desde que su nombre comenzó a habitar esa ciudad imaginaria llamada Fama, tomó el contrato, lo guardó en su mochila y se lo llevó a una amiga abogada para que lo revisara.

Dos días después recibió el llamado de Megavisión. Le ofrecían un combo irresistible. Harían, o al menos le dijeron que harían, todo para hacerla sentir especial. Le mostraron estudios de mercado en los que ella y su compañero en *Extra Jóvenes* eran muy bien evaluados por el público adolescente, mucho más que los animadores de *Interferencia*[6], que habían sido descartados para seguir.

"Vamos a hacer un programa a tu medida", le ofrecieron. Además, los ochocientos mil pesos que ganaba en Chilevisión se los convertirían en un millón y medio. En plata del 2025, pasaría de ganar unos dos millones trescientos mil pesos a más o menos cuatro millones cuatrocientos.

4. Concurso de belleza orientado a candidatas adolescentes que fue creado al alero de la revista del mismo nombre, que editó la empresa Holanda Comunicaciones entre 1989 y 2015. La primera ganadora, en 1989, fue Patricia Larraín. Claudia Conserva obtuvo la corona en la segunda versión.
5. Se refiere al periodista Felipe Pozo Ruiz, que en rigor era director ejecutivo del canal, cargo que ejerció entre 1995 y 2001.
6. Laura Silva y Giovanni Canale.

No era el sueldo de una figura premium de un canal importante, pero era una muy buena suma para alguien de su edad. Sin embargo, esa no fue la única razón por la que dio el sí. El desdén con que se sintió tratada por Felipe Pozo en Chilevisión y la posibilidad de hacer un programa desde cero convirtieron a la oferta en algo mucho más que solo eso —una oferta—: era un plan de acción. Si aceptaba, podría aplicar todo lo que estaba estudiando, desde la teoría, en la carrera de Comunicación Audiovisual en el instituto IACC.

La idea de Megavisión era levantar a ambos integrantes de la dupla Calabi/Fuenzalida, pero eso no resultó. Daniel recuerda que el ejecutivo Iván Varas, de Megavisión, lo llamó para ofrecerle, también, el doble de sueldo que ganaba en *Extra Jóvenes* (quinientos mil pesos de la época, que se los convertía en un millón), y que en un momento de la negociación, ante su desinterés, hasta le ofreció animar el *backstage* del Festival de Viña de 1997, que el canal tenía a su cargo. Finalmente, Daniel optó por quedarse en Chilevisión porque lo vio como una apuesta segura y porque sentía un importante grado de lealtad por un canal que le había dado la oportunidad de pasar de ser asistente de dirección a animador.

Verónica terminó su contrato con Chilevisión en febrero de 1997 y en marzo se presentó en los estudios de Megavisión. Estaba lista para darle cuerpo a ese programa juvenil y misceláneo, lleno de música rock, entrevistas profundas y buenos datos de cine con el que soñaba en la sala de clases. Inspirada en la estética que a fines de los noventa había impuesto MTV, delineó en su mente un espacio que mezclaba la dosis justa de chacota e informalidad de *Extra Jóvenes* con una contundente producción periodística y desarrollo audiovisual. La realidad, huelga decirlo, se convertiría pronto en un molesto enemigo de sus planes.

Como le pasa a cualquiera en un nuevo trabajo, el primer día fue de conocer al equipo, que en ese momento no era demasiado grande: los productores Paula Camus, Marcelo Urrejola y el director Álex Hernández, quien en el canal ya disfrutaba del

estatus de "niño maravilla", que tenía ideas revolucionarias para la época y que, como si fuera el 10 de la selección chilena, tenía el túnel despejado para salir a la cancha y meter los goles que quisiera jugando con los jugadores que eligiera y con las reglas que se le antojaran.

Lejos de incomodarle la falta de equipo, Verónica confirmó su entusiasmo inicial: estaba todo por hacer, todos los equipos por armar. Había una hoja en blanco sobre la cual trazar las líneas que dibujarían el programa que harían. Todo era entusiasmo.

No lo sabía entonces, pero estaba a menos de un mes de grabar ese primer piloto tras el cual tomaría la decisión más importante de su paso por Megavisión.

Empezaron a armar al grupo, a convocar a productores, técnicos, asistentes y periodistas. Juntos, por ejemplo, decidieron levantar desde el canal Rock & Pop a la periodista Viviana Flores, que cumplía con ese perfil joven y capaz de aportar los contenidos más serios que andaban buscando. Sería la comentarista de espectáculos del programa.

El canal estaba apostando en serio por el programa y eso se reflejaba en los sueldos que pagaba a los encargados del desarrollo editorial: en promedio, ochocientos mil pesos de la época, algo más de dos millones de pesos actuales.

Tú allá, yo acá

Pese a las buenas intenciones, los problemas demoraron poco en aparecer. Apenas comenzó a trabajar, el equipo se dividió irremediablemente. Había en él dos mundos: uno identificado con la entretención pura y dura, con el baile y el bullicio, y otro que se sentía más a gusto hablando de cultura, cine, rock y arte.

En el primer grupo estaban Álex Hernández y sus asistentes de dirección y producción. En el otro, Verónica Calabi y el equipo periodístico, que prefería entrevistar al entonces intendente metropolitano Germán Quintana o al alcalde de Santiago Joaquín Lavín, para hablar sobre sus gustos y placeres, antes que hacer un especial de música pachanguera.